

Blas Gamboa y Faneth Serrano —aunque a veces caigan en el exceso de adjetivos o en el uso de términos especializados, poco apropiados para el lector juvenil al que aspiran a dirigirse— ciertamente cumplen su objetivo: dar a conocer el personaje. Pero Gustavo Tatis Guerra va más allá: antes que acercarnos al personaje, a veces consigue meternos dentro de su piel y, por momentos, nos hace pensar en un Zweig que usara técnicas narrativas contemporáneas. Ello lo consigue gracias a que, antes de combinar la entrevista con la crónica, se arriesga a fusionarlas, así como a cambiar el punto de vista de su narrador múltiples veces en un mismo texto. Pero especialmente porque parece estar siempre a la caza de la frase definitiva, ésa que luego de leerla quedará resonando en nuestra memoria, como las siguientes: “Lo más difícil de todo es saber atornillar las mentiras” (Gabriel García Márquez con respecto de la novela histórica [pág. 95]); “Para mí una canción es una pequeña novela de tres minutos” (Joe Arroyo [pág. 153]); “Viéndolo bien, yo no pinto cosas, pinto emociones” (Alejandro Obregón [pág. 175]); “¿Qué otro premio debe merecer uno sino la salvación de otro semejante?” (Manuel Elkin Patarroyo [pág. 248]); “Uno puede morir de país” (Carlos, “El Pibe”, Valderrama [pág. 305]). Pero, además, añade a ello más de una expresión de igual calidad de su propia cosecha, como cuando dice de Alejandro Obregón: “Le fascinaba el peligro, ese riesgo de combinar un verde veronés con un rojo y un lila con amarillo, un gris con un azul rey” (pág. 179). O cuando describe el estado anímico de “El Pibe” Valderrama de la manera siguiente:

*Mira el campo de juego, más verde y más triste que nunca, y sus pies no son ágiles, le duelen las plantas de los pies como si hubiera recorrido un desierto. Se sienta en la arquera y se acaricia las orejas. Él tampoco lo sabe: ¿En qué instante del destino el ascenso es una forma de la caída? [pág. 305]*

Para concluir, y debido a todo lo anterior, *Un secreto prodigioso* no puede verse como una obra que aporte nuevos elementos al estudio del fenómeno de la creatividad, pero sí como una recopilación de testimonios con más de un momento brillante. Son nueve creadores, nueve seres humanos con una historia personal fascinante, que seguramente recordarán a muchos jóvenes talentos colombianos que no están solos en su lucha de todos los días, que no hay otra alternativa digna que apostarle a la esperanza. Pero incluso si resulta que un único joven consigue extraer nuevas fuerzas de este libro para internarse en el difícil sendero de lo creativo, el balance será sin duda positivo.

ANDRÉS  
GARCÍA LONDOÑO

## Barbaridades agradables

**Cuatro naufragos de la palabra. Diálogo compartido con Héctor Abad Faciolince, Arturo Alape, Piedad Bonnett y Armando Romero**  
Augusto Escobar Mesa  
Fondo Editorial Universidad Eafit,  
Medellín, 2003, 211 págs.

El contenido central de *Cuatro naufragos de la palabra* son las entrevistas de Augusto Escobar Mesa a dos escritores de origen antioqueño —Héctor Abad Faciolince y Piedad Bonnett— y dos vallecaucanos —Arturo Alape y Armando Romero—. Estas entrevistas —acompañadas de un corto ensayo introductorio sobre cada escritor y de su respectiva bibliografía— son “diálogos” en el sentido más sociocrático del término: más que conversación casual, espontánea, el entrevistador, Augusto Escobar Mesa, se encarga de que la estructura de las entrevistas nunca se desvíe de su fin expreso; el cual, en palabras de él mismo, consiste en buscar

“una mejor comprensión de sus obras a partir del cruce indistinto de vida, lecturas, experiencia cultural acumulada y asimilada, mundo individual y familiar, visión del mundo particular y acervo imaginativo, que se revela en cada respuesta de ellos como desafío al olvido y consolidación de la memoria” (pág. 18).



Esta construcción programática obedece a un hecho concreto en *Cuatro naufragos de la palabra*, la dicotomía académico-escritor está presente en forma constante, incluso en el lenguaje, donde a veces se tiene la impresión de que el entrevistador y los entrevistados hablan dos versiones distintas del español, como se puede apreciar en la siguiente pregunta, y su respectiva respuesta, tomada de la entrevista a Arturo Alape, a raíz de que éste había dicho que buscaba el desglose de dos discursos: el político y el literario.

[Escobar Mesa] *¿Significa esto que ha habido un cambio de concepción, que busca superar la postura de un realismo socialista—el cual pretendía dogmáticamente que había una homología entre la realidad literaria y la realidad social— para dar paso a lo que Edmond Cros, en su teoría Sociocrítica, plantea: que las mediaciones entre las estructuras textuales y las sociales se dan en y por el lenguaje? O lo que de una manera más poética quería decir Gauthier con su frase: “la estatua trasciende de la ciudad”, es decir, va más allá de su tiempo.*

[Alape] *Soy un escritor que viene de una experiencia política de muchos años y a través de esa experiencia he vivido intensamente la vida; además, ella trae una concepción muy definida del mundo y de la propia vida. Esa concepción y esas experiencias influyen, no solamente como hechos que podrían convertirse posteriormente en literatura, sino como cuestiones ideológicas. Mi trabajo ahora consiste en hacer esa diferenciación, entendiendo que la literatura es un discurso independiente que expresa a la política y a la ideología a través de mediaciones del lenguaje; lo mismo sucede con la historia que se cuenta en las narraciones mediante una estructura formal. Es decir: la literatura no da soluciones, ni políticas ni ideológicas, sino que éstas están dentro de la literatura como imágenes poéticas, como imágenes que mediante el lenguaje dan una versión mucho más hermosa de la experiencia misma de la realidad, del mundo y de la propia vida. Es el proceso que estoy viviendo, el proceso de lo testimonial hacia la literatura [...].* [pág. 105]

Abundan las dicotomías entonces: entrevistador, entrevistado; lecturas, vivencias; interpretación, expresión; etc. Por ello, dado que nos hemos acostumbrado a ver a lo dicotómico como germen de conflicto, lo más interesante es descubrir que el proceso funciona, en este libro al menos. No sólo no se produce un choque de trenes, sino que realmente llegamos a conocer mejor a los escritores entrevistados después de leer *Cuatro naufragos de la palabra*. En otras obras donde el discurso académico desempeña un papel esencial —por ejemplo, en ciertas biografías o ediciones críticas—, a veces uno llega a tener la incómoda sensación de que aplicar el método científico a la literatura no consiste en otra cosa que en convertir a los escritores en conejillos de Indias, ponerlos en un laberinto y estudiar cómo se comportan; como si los

“científicos de las letras” pretendieran extraer los secretos de la creación —o, para ponerlo en un lenguaje más afín, “sus mecanismos”— a través del estudio de los traumas infantiles de los autores, de sus rutinas diarias e, incluso, de sus hábitos reproductivos. Afortunadamente, esto no sucede en *Cuatro naufragos de la palabra*: primero, porque Escobar Mesa no sólo es respetuoso con los escritores a quienes entrevista, sino también porque él mismo es un buen lector; esto es, en términos académicos, un profesor que no sólo lee teoría literaria, sino que se expone a la literatura misma, lo cual, no es, en modo alguno, una norma general, como se podría pensar en forma ingenua, ni aquí ni en los Estados Unidos. Así, aunque las interpretaciones del entrevistador no siempre resulten diáfanos, en general conducen a nuevas aguas, a abrir nuevos interrogantes que antes no habíamos visto.



Sin embargo, quizá la razón más importante por la cual la dicotomía académico-escritor funciona en *Cuatro naufragos de la palabra* es que el método escogido por el estudioso es el de la entrevista, el diálogo mismo. Un método que, antes que confrontar, acerca; permite encontrar los puntos comunes para edificar sobre ellos, creando puentes. Y en este caso, el vínculo principal entre entrevistador y entrevistados es sin duda el amor por la palabra; la pasión por esa otra realidad, yuxtapuesta a la concreta, que encontramos en el mundo de los libros.

Es así como la guía de Escobar Mesa, durante el recorrido al que nos invita, nos permite alcanzar una visión más completa de los autores, donde el diálogo con estos enriquece la interpretación que previamente, como lectores, tengamos de sus obras. Hay algunos puntos comunes entre los entrevistados, así como en las preguntas de Escobar Mesa —quien suele poner, por ejemplo, especial énfasis en la infancia—, pero la variedad entre ellos es mucho mayor que los veinte años de edad que separan al más joven del grupo del más viejo. Cada uno es un universo aparte, en su visión de la vida y de la literatura, pero todos ellos tienen razones sólidas para defender su propia posición.

De Héctor Abad Faciolince podemos conocer cómo su periplo por tierras colombianas e italianas ha marcado su obra, entrever el proceso de gestación de cada una de sus novelas hasta *Basura* (2000), y la formación de sus posturas críticas sobre la cultura y la situación nacional; una tendencia que no surgió ayer, como podemos apreciar en el siguiente comentario sobre su expulsión de la Universidad Pontificia Bolivariana, a raíz de la publicación de un artículo en el periódico estudiantil Paredón:

*Publicábamos en él barbaridades agradables y gozábamos haciendo ese periódico y molestando a todo el mundo, hasta que a raíz de un artículo, que llamamos “La metida de Papa”, nos expulsaron con un proceso de tipo medieval. El artículo era una crítica al papa Juan Pablo II, quien iniciaba su pontificado, inspirado en una encíclica en la que él decía que uno podía cometer adulterio con la propia esposa si la miraba con ojos concupiscentes. La orden de expulsión fue del cardenal Alfonso López Trujillo. En realidad, el rector de la universidad ni siquiera nos quería expulsar, pero el cardenal López —arzobispo entonces de Medellín— dio la orden de que había que sacarnos. Ese personaje siempre fue muy nefas-*

to para nuestra familia, pero la familia es lo de menos. Lo peor fue el enorme daño que hizo en Medellín. El deterioro de muchos de sus barrios se debe, creo yo, a la injerencia de ese señor para sacar curas comprometidos que trabajaban con una concepción realmente popular, solidaria y de unidad del barrio, pero él veía comunistas peligrosos en todas partes. Despojó a esos barrios de sus curas y buena parte de la degradación social y moral en nuestras comunas se debe a la intervención de ese cardenal que hizo del seminario de Medellín un centro comercial y de la capilla del seminario una pizzería. Ahí está pintado el personaje. Fue él quien exigió nuestra expulsión. Recuerdo que cuando mataron a mi papá dio la orden en la parroquia de Santa Teresita, donde vivíamos, de que no se hiciera misa por él porque era un comunista ateo. Obviamente, eso por debajo, por la radio nos daba sus condolencias y manifestaba su dolor por el asesinato. [págs. 42-43]



En la entrevista a Arturo Alape la infancia ocupa un lugar especial, pues sin duda las condiciones dramáticas de la misma influyeron en el hecho de su compromiso político:

*La vida con los padrastros fue muy dura. Entre otras cosas por tener que convivir en una misma habitación mi madre, mi padrastro y nosotros. Las primeras visiones de la cosa sexual fueron duras y brutales. Mi madre siem-*

*pre esperaba que nosotros estuviéramos dormidos, pero yo tenía la manía de escuchar lo que pasaba. Los padrastros siempre estaban borrachos. [pág. 82].*

Después de conocer sobre su niñez, el lector no puede preguntarse ya por qué Alape es un “escritor comprometido”, sino cómo podría no serlo. Sin embargo, la entrevista no sondea sólo la infancia del escritor caleño y su ideario político, sino que también se adentra en terrenos donde lo estético se entrecruza con la dignidad, como aquel punto donde reflexiona sobre el papel del arte como instrumento liberador en su novela *Mirando antes del alba*:

*En ciertos momentos, el ser humano requiere llegar al borde del abismo, mirar al filo de él y preguntarse si es capaz de sostener la visión de ese abismo y sobrevivir a ello. Unos textos de Nietzsche sobre los fines de las alturas me han acercado a esta reflexión. En uno de sus poemas, Nietzsche habla de que en el fondo del abismo está la muerte, pero al lado está la posibilidad de la resurrección, de la libertad como condición hacia las alturas. La libertad absoluta es la libertad de las alturas. [pág. 96]*

En la entrevista a Piedad Bonnett desempeña un papel esencial su experiencia como inmigrante a Bogotá, desde Amalfi (Antioquia), “un pueblo donde no había carros porque no había carreteras” (pág. 133), así como las influencias que el recuerdo y las transformaciones tienen en su obra:

*Diría que en todos los poetas el tiempo es el tema por excelencia. A medida que creces te vas acercando a la muerte. El tiempo es un correr hacia ella. Es también memoria por lo que logras retener y por lo que pierdes. Es la dicha del instante que se te está yendo, es una cosa de la que estamos presos y si un poeta no se conmueve con el tiempo, no se conmueve*

*con absolutamente nada. El tiempo es la esencia misma de la poesía. [pág. 136]*

Igualmente, en la entrevista se explora cómo ve Bonnett su condición de mujer en un ambiente mayoritariamente masculino, como es el caso de la literatura colombiana, e incluso el papel que lo social ha cumplido en su obra, aunque dicha poeta se reconozca de la siguiente manera: “Mucho más que en el mundo de afuera, lo que me impulsa es el mundo de los libros” (pág. 159).



El libro se cierra con la entrevista a Armando Romero. En ésta vuelve a desempeñar un papel importante la infancia:

*Como todo niño pobre, jugaba con hormigas, piedras y avispas. Es el mundo de la imaginación hecho de la nada, vaporoso. Muy seguramente esto influyó en el hecho de que a los catorce años ya quería escribir un libro. No puedo explicar mi interés por la literatura y el arte, pues mi medio —los barrios de que te hablo— no eran, para nada, literarios o artísticos. Lo más poético y filosófico era una canción de Daniel Santos. No había bibliotecas, museos, nada. Los estímulos venían de la muerte, la violencia, la degradación humana. Pero de ese mismo medio salen J. Mario Arbeláez y Humberto Valverde, quienes comienzan a escribir a dos cuadras de mi casa. Creo que el virus de la literatura estaba en esas necesidades de una infancia*

*a la que se le negaba lo material y, por tanto, se enriquecía interiormente. [pág. 199]*

Hay, por supuesto, una exploración sobre la obra del escritor y, en cuanto a su vida, un papel destacado lo ocupa su condición de trashumante, por haber vivido en varios países de América y Europa, y estar radicado en la actualidad en Estados Unidos. Igualmente se hace hincapié en la relación del escritor con el movimiento nadaísta:

*Y así como Fernando González no practicó ninguna ideología particular, el nadaísmo tampoco planteó una visión de la realidad: cada nadaísta tenía su visión de la realidad que sólo cumplía con cierta premisa: no ser de extrema derecha ni de extrema izquierda, y cuando se llegara al centro dar la vuelta. [pág. 184]*



Para dar una conclusión a esta reseña habría que mencionar una anécdota común en la vida de casi todo escritor reconocido: un periodista que, durante un congreso, se acerca para hacerle una entrevista y, dado que no ha leído ninguno de sus libros, para cumplir el compromiso con el jefe de redacción comienza a hacerle preguntas sobre sus opiniones acerca del reinado de la belleza, el clima, el costo de la vida o alguna película en cartelera... Bien, si el lector se imaginó ya el cuadro, puede llegar por oposición a hacerse una idea de *Cuatro naufragos de la pala-*

*bra*, pues este libro ocupa exactamente el extremo contrario a la anécdota anterior. Es un libro de entrevistas a cuatro escritores donde la obra de cada uno es el pivote central, donde todo, incluso la infancia o las relaciones afectivas de los autores, tiene importancia sólo en la medida en que permita aclarar esa obra, ampliar el marco de interpretación de la misma. *Cuatro naufragos de la palabra* es, en fin, una buena muestra de que la relación académicos-escritores puede ser sumamente enriquecedora para ambos, siempre que se haga con base en el respeto mutuo. Después de todo, si el diálogo no es posible entre disciplinas que tienen a la palabra como objeto central de su sentido, ¿dónde más podrá serlo?

ANDRÉS  
GARCÍA LONDOÑO

## Cuando más tecnología, más devastación

**Colombia and the United States War,  
Unrest and Destabilization**

Mario Alfonso Murillo  
Seven Stories Press, Nueva York, 2004,  
232 págs.

*Cuanto más información, más nos confundimos.*

*Cuanto más población, más sentimos soledad.*

*Cuanto más tecnología, más devastación.*

HBO

Mario Alfonso Murillo es un radioperiodista y profesor de estudios mediáticos en la Universidad de Nueva York. Hijo de colombiano, vivió dos años en Bogotá, y en este su segundo libro recoge una perspectiva de quince años de entrevistas y seguimiento de medios dentro y fuera del país, con la preocupación central de aclararse y aclarar a los lectores tanto en Estados Unidos como

en Colombia, el limitado alcance del enfoque de línea dura que caracteriza la aproximación y el tratamiento periodístico predominante sobre nuestro país, para resolver los problemas estructurales que lo agobian.



El lanzamiento del libro para Colombia tuvo lugar en el mes de agosto de 2004, y se agrega a una novedosa bibliografía que apuntala inicialmente el debate acerca de la forma como el ejercicio periodístico ha incorporado y/o evadido exigencias de control social de la libertad de información<sup>1</sup>.

*Colombia and the United States* contiene al menos dos niveles de profundidad como lectura, dependiendo de cuanta experiencia se haya adquirido en el conocimiento de las condiciones en que surgió y se ha desarrollado el presente conflicto en la sociedad colombiana y las relaciones políticas y culturales con la "osa polar". En esencia, es un trabajo que apunta a demostrar cómo, contrariamente —y a cambio— de la pretensión ideológica de aislar el conflicto de su examen histórico, hay rasgos y procesos cuya naturaleza tiene peso explicativo suficiente, que ponen en evidencia la simbiosis de esas dos dimensiones —lo interno y lo neocolonial—, a los que no hay forma de soslayar si se pretende aprender. Murillo anuncia en la introducción que su examen apunta a aclarar que el conflicto en Colombia —lo aparential mediático— no es acerca de drogas, guerrillas o terrorismo, sino —lo real encubierto— acerca de la incapacidad de la